

consideren los tres huéspedes misteriosos como tres personas divinas." (1)

(1) Jules Baissac *Les Origines de la Religion*. Véanse mayores explicaciones sobre este pasaje bíblico en los *Principios de Sociología* de Spencer, tomo 1.º, cap. 1.º §202. Allí se encontrará esta regla de criterio imparcial y científico: "La educación, la sanción social y una autoridad que su antigüedad hacía irresistible, en una palabra, títulos imponentes, han inclinado á todo el mundo á creer que el génesis de su propia idea de la divinidad, difiere originaria y radicalmente de la de otras creencias; y de tal modo tienen esta convicción, que les parece impío el simple hecho de permitirse investigar si hay analogías entre esas diversas ideas. No se dan cuenta de que las otras religiones también reputan impío que se las analice. Cuando Eurípides dice en forma de consejo. *no es bueno permitir que razonamientos especiosos levanten el velo que cubre las cosas divinas*, se comprende desde luego que con este criterio se sostiene toda superstición. Cuando se ve que los fidjios canibales humildemente sometidos á los dogmas de divinidades sanguinarias afirman *que el castigo no dejará de herir al escéptico*, se reconoce netamente en este ejemplo la bajeza de la superstición que se protege, prohibiendo la investigación. Pero como se miran las otras creencias solo por la superficie, con un espíritu de oposición, y la propia creencia no se ve sino por su interior con ojos favorables, no se imagina el creyente que una causa semejante puede producir en esa religión un daño semejante al que causa la religión extraña."

VII.

Universalidad del Supernaturalismo primitivo.

71. Después de haber encontrado en las capas más profundas de los más viejos libros de la humanidad las huellas indelebles del fetiquismo primitivo en que vivió durante largos siglos; después de haber comprobado la existencia de esas creencias iniciales en las dos razas á las que el mundo moderno debe toda su cultura científica, moral y religiosa, en la raza indo-europea que ha legado á las modernas generaciones la filosofía helénica, el arte griego y el derecho romano, y en la raza semítica que ha legado al mundo con la Biblia cristiana y con el Koran las dos formas religiosas más elevadas que se conocen; después de haber exhumado las tradiciones primitivas del género humano reflejadas en sus más arcaicos monumentos filológicos y literarios, huelga en verdad detener el pensamiento en el estudio de razas inferiores que han pasado por la historia sin salir del estado de barbarie primitivo y sin dejar huella ninguna de su vida transitoria y fugaz. Y aún tratándose de pueblos

ó razas que en tiempos muy lejanos llegaron á muy alto grado de cultura y poder, como egipcios, asirios, babilonios, persas ¿qué necesidad tenemos de revivir su historia para comprobar con ella la universal existencia del primitivo fetiquismo cuando allí están sus ritos sangrientos, su grosera zolatría, (1) sus sacrificios humanos, su desenfrenada superstición, sus sacerdotes, agoreros y adivinos inspirados, denunciando que esos pueblos y esas razas como todo el género humano comenzaron por deificar á la naturaleza entera, á los objetos más groseros, antes de elevarse á la idea de *leyes naturales*? Allí están igualmente los pueblos salvajes modernos, esos retardatarios de la civilización, detritus del pasado, viejos monumentos de lo que fué la humanidad primitiva, atavismos de la historia, que conservan todavía en las obscuridades de su conciencia la rudeza infantil de las primeras edades del género humano; allí están perpetuando, por decirlo así, al través de los siglos, conservando indelebles las huellas de los primitivos sentimientos y de las primitivas concepciones del hombre; esos pueblos salvajes, todos, sin excepción, viven en medio de una deificación universal, de un milagro perpétuo, de un *supernaturalismo natural*, permítase la paradoja. (2) Ellos ven por todas partes dioses, espíritus, seres poderosos y maléfcos que se aplacan con plegarias y sacrificios; ellos ven agentes misteriosos é inteligentes en el

(1) Adoración de animales.

(2) Y no es paradoja, porque como dice Spencer: La palabra *sobrenatural* no tiene sentido, sino por antítesis á la palabra *natural*; pero mientras el espíritu no haya llegado á poseer la idea de *causación ordenada* que es lo que llamamos *causación natural*, no podría existir idea alguna de lo que llamamos *sobrenatural*” y durante el período salvaje, anticientífico, no pudo haber idea alguna de *leyes ordenadas*.

soplo del aire, en la llama que arde, en el mar que se irrita, en la nube que aparece y se desvanece, en el rayo que truena, en el relámpago que fulgura, en los astros que se mueven; el isleño de Maldivia, que pasa la noche atrincherado en su cabaña creyendo que los ruidos del aire en la noche tenebrosa son la amenaza de génius invisibles, el indio del Oregon que vive persuadido de que las estrellas *vomitan* el rocío, el Dacotah y el salvaje de N. Holanda que se comen el corazón de su enemigo ó sus ojos para adquirir su valor ó su vista perspicaz, el negro de Benin y el ouanikas que consideran la sombra de los hombres como su alma y le tienen miedo, el indio que asegura que las luces de los astros son las luminarias encendidas por sus antepasados, el malgoche que ruega á sus antepasados que no haga retumbar el trueno, ni permitan que el mar pase sus límites, el australiano que dirige su plegaria al muerto para que no enferme á nadie, ni produzca ruidos, los indios de la California que anualmente espulsan á los espíritus maléfcos, el árabe que al arrojar algún objeto pide perdón el genio que puede ser atropellado, los clankiles que no emprenden un viaje sin arrojar á gritos á los espíritus que habitan en los torbellinos de arena, los araucanos que atribuyen á genios maléfcos las tempestades que rugen en el cielo, y ¿para qué multiplicar los ejemplos? todos, absolutamente todos los pueblos salvajes viven en medio de un milagro perpétuo; divinizando los objetos más groseros, los fenómenos más vulgares, todos los hechos cuyas causas ó cuyos orígenes ignoran. Y nada tiene de extraña esa divinización y esa mistificación universales cuando la idea de *causalidad ordenada é invariable* es la única que puede ir desalojando del espíritu humano el imperio del milagro y la creencia en

agentes sobrenaturales, y cuando el espíritu, antes de haber coordinado muchos hechos, por medio de experiencias seculares, no pudo tener la más ligera idea del orden natural, de las leyes generales, de causas permanentes, invariables é indestructibles.

72 El *supernaturalismo* fué, pues, y tuvo que ser forzosamente la concepción *natural* de humano espíritu en su vida inicial. Así lo demuestra la psicología, la ciencia del espíritu, de su marcha en el individuo y de su marcha lenta, gradual al través de estaciones inevitables, reflejada con luminosa é innegable evidencia en el lenguaje, en los idiomas, en la palabra que es el índice infalible del instinto, del pensamiento y de la conciencia humana. Y la palabra, el lenguaje, los diversos idiomas del género humano nos dicen que no sólo buscaremos en vano en los comienzos de la historia de nuestra especie las ideas abstractas, generales, científicas reveladoras de una conciencia ó de un instinto que se haya elevado al conocimiento de las leyes *naturales*, sino que ese verbo de la humanidad, la palabra, refleja en sus primeros vahidos el grosero *supernaturalismo* y la explicación místico-fetiquista que el hombre daba á todo los fenómenos de la naturaleza. La filología puede hoy seguir paso á paso la formación del lenguaje desde los tiempos prehistóricos y reconstituir con ayuda de los caracteres cuneiformes de los asirios, de los gerolíficos de los egipcios y de los monumentos literarios y jurídicos de las dos razas civilizadoras del mundo, la semítica y la indo-europea, puede reconstituirse el vocabulario paupérrimo y rudo de las primitivas edades que al andar de los tiempos debía transformarse en la Iliada de Homero, en las estrofas de Sófocles, en las pomposas concepciones filósocas del Rig-Veda, del Koran y de la Biblia y en la exhuberancia abrumadora

del tecnicismo científico que parece aprisionar en sílabas misteriosas los infinitos y complexos fenómenos del universo. La filología comparada ha seguido el proceso del lenguaje en sus periodos de interjección, de onomatopeyismo ó imitación de los ruidos de la naturaleza, de silabismo, de aglutinación y de flección; así como ha seguido el proceso de los signos convencionales de la escritura desde su período groseramente ideográfico, pasando después de muchos siglos al simbolismo demótico y hieroglífico, para convertirse en manos de los fenicios (1) en signos resueltamente fonéticos, en que la letra *pinta* el sonido de la palabra y no la imagen de la cosa. Siguiendo ese doble y recíproco desenvolvimiento de la palabra y de la escritura y comparando el de los pueblos que han llegado á poseer un idioma rico en literatura y en ciencias con el de los pueblos que han quedado detenidos en el silabismo, en la aglutinación y en la forma hierática de la escritura, ha podido observar que todos los pueblos han seguido el mismo procedimiento, todos han comenzado por los mismos elementos onomatopeyicos en la palabra é ideográfico-groseros en la escritura; que en todas partes el lenguaje humano ha tenido iguales orígenes, igual rudeza, igual nú-

(1) Presindiendo de las pruebas suministradas por la semejanza del procedimiento de escritura de los fenicios con el procedimiento de todos los demás pueblos, son innumerables las opiniones de autores antiguos que atribuyen á los fenicios la invención de la escritura fonética. Lucano en la Farsalia dice (III v. 220) "*Phenicies primi, fama si creditur aüssi—Mensuram rudibus vocem signare figuris.*" Plinio en su historia natural V. 12 dice: "*Ypsa gens fenicum in magna gloria literarum inventionis.*" Igual opinion emiten Diodoro de Sicilia, Clemente de Alejandria, Pomponio Mela. etc. Vease la obra de Levy-Bing. *La Linguistique Devouilée*, donde está perfectamente explicada la transición de la escritura ideografica á la fonética, y cual fué la verdadera invención de los fenicios.

mero de ideas en sus orígenes; y que tiene forzosamente que llegarse á esta conclusión de Jhering: "La lengua de un pueblo contiene el inventario de todo lo que él cree y comprende, la existencia de la palabra afirma la existencia de la cosa designada por esa palabra; la ausencia de la palabra equivale á la ausencia de la cosa; *el lenguaje es la imagen fiel de la realidad.*"

73. Ahora bien, el lenguaje primitivo, todos los idiomas padres, los que han enjendrado los modernos idiomas y cuyo parentesco de filiación es innegable, todos esos idiomas, el aria, el asirio, etc., no solo carecen de palabras abstractas, no solo revelan su impotencia para expresar los fenómenos más vulgares de la física y los sentimientos morales, jurídicos y religiosos que forman hoy el credo común y corriente de los pueblos cultos, no solo revelan en esa desnudez literaria la desnudez del pensamiento y de la conciencia; (1) sino que reflejan en el materialismo pictórico, en la sensualidad enérgica, en el relieve plástico de sus frases, de su estructura, de todo su sentido, reflejan las concepciones

(1) Puede con toda evidencia decirse que la desnudez de la palabra es la desnudez del espíritu; la psicología lo comprueba, si esta verdad necesita de comprobación. No queremos extractar aquí los profundos estudios de Taine en su admirable libro *L'Intelligence*, hástenos copiar estos elegantes conceptos de Renan y de Levi-Bing "El lenguaje de los primeros hombres no fué, pues, en cierto modo, sino el eco de la naturaleza en la conciencia humana. Las huellas de la sensación primitiva se han borrado profundamente y sería imposible en la mayor parte de los idiomas encontrar los sonidos á que debieron su origen; algunos sin embargo conservan aun el recuerdo de los procedimientos que presidieron á su creación..." "Así, el origen del lenguaje nos revela al mismo tiempo el origen de la razón; el uno y el otro de esos orígenes tienen su desenvolvimiento histórico. El estudio de la razón nos lleva indudablemente á un estado en

materialistas, fetiquistas, supernaturalistas de los primitivos hombres que ponían en acción, personificándolos, dándoles atributos personales, á todos los seres y á todos los fenómenos inexplicables de la naturaleza; que pintaban con lenguaje expresivo una causa inteligente en cada fenómeno del universo. Por eso Vico, anticipándose dos siglos (1668) á los descubrimientos de la filología y presintiendo sus atrevidas revelaciones, se lamentaba de que: "todos los filósofos y todos los filósofos no hubiesen comenzado á tratar, en primer lugar, del origen de las lenguas y de las letras (la escritura) indicando la manera con que los *gentiles* (porque no podía prescindir Vico de la creencia de que sólo el pueblo judío recibió la revelación del lenguaje y la escritura) concibieron la idea de cada cosa por medio de caracteres fantásticos representando *substancias animadas*. Debieron considerar al mismo tiempo que estos pueblos mudos durante muchos siglos, se expresa-

que los hombres no *pensaban*. Por este medio el problema de la condición primitiva del hombre queda fuera de toda hipótesis, y por la primera vez, está demostrado históricamente que en efecto la raza de los hombres ha debido encontrarse al principio en el mismo grado que la raza de los animales, sin lenguaje, sin recursos, sin religión, sin arte, sin moral. Solo después de muchos años la idea se desprendió del ruido lingual; hasta entonces no habia sino grupos de palabras que han perpetuado el recuerdo de sensaciones que se han trasmitido al individuo. *Las nociones generales no provienen de la abstracción, sino que la abstracción es posterior á la generalización.* No son los elementos particulares, las cualidades distintivas, los que han predominado desde luego; se trata de una impresión experimentada por los sentidos y que no ha sido desde luego aislada de las otras, de manera que las distinciones quedan sin percibirse. El Progreso del pensamiento ha consistido en diferenciarlas; y esta facultad misma de discernimiento ha nacido de la multiplicidad infinita de sentidos atribuidos á una palabra." (Levi-Bing. Op. cit.)

“ron por medio de *acciones*, de cuerpos, de imágenes teniendo cierta relación natural con las ideas que querían expresar; como por ejemplo, repitiendo tres veces la acción de cosechar ó tomando tres espigas expresaban la idea abstracta de tres años.”

74. Y no sólo carecen de ideas abstractas, de nociones generales, de todo ese caudal de riqueza literaria que expresa hoy los matices más delicados del sentimiento y del espíritu y las infinitas maravillas de la ciencia, sino que á medida que penetra la investigación filológica en los elementos del primitivo lenguaje de la humanidad toda y lo compara con el lenguaje de los pueblos bárbaros que hoy existen, encuentra confirmada la ley natural de que el desenvolvimiento del lenguaje corresponde al desenvolvimiento de la ciencia; de que la pobreza del idioma es el reflejo de la pobreza del espíritu y del sentimiento; de que la metáfora, el tropo, la expresión poética en que vaciaron los hombres sus primeras ideas y sensaciones no eran un artificio literario, como lo son hoy, sino la expresión natural de la forma en que aquellos espíritus rudos concebían la naturaleza y se comunicaban con ella.” Cuando los hombres ignoran (había dicho Vico (1) antes que la psicología moderna) las causas *naturales* de las cosas, atribuyen á las cosas su propia naturaleza, y así el vulgo dice que el *iman está enamorado* del fierro; y por eso la ignorancia hace de *sí misma* la regla del uni-

(1) Vico se anticipó á su siglo y presintió la mayor parte de las modernas revelaciones de la antropología, de la historia y de la psicología; pero por convicción, por temor ó por acomodamientos y componendas, al mismo tiempo que explica y comprende las leyes naturales de la evolución social, subtrae á esas leyes al pueblo judío, reputándolo como sujeto á un desenvolvimiento histórico excepcional.

verso; y por eso la física de los ignorantes es una metafísica vulgar que atribuye á la *voluntad de Dios* la causa de las cosas, sin ocuparse en *los medios empleados* por esa voluntad Divina; y por eso da á las cosas insensibles é inaninadas sentidos, pasiones y voluntad; y por eso, como los niños que dirigen la palabra al objeto que tienen en sus manos y platican con él, creen que todos los seres tienen una *voluntad* que obra; y por eso poblaron el mundo de dioses buenos ó malos, de espíritus y genios; y por eso el lenguaje metafórico, el lenguaje que *personifica* todos los fenómenos de la naturaleza, es el lenguaje primitivo del género humano; y por eso, juntamente con ese lenguaje, ha quedado profunda y universalmente consignada en la conciencia humana, por seculares atavismos, la tendencia irresistible á aceptar como la explicación más natural de los fenómenos desconocidos la intervención *directa en cada caso* de causas sobrenaturales, y hoy como hace miles de siglos, el hombre tiembla ante *simples* metáforas, porque ellas no sólo significan un juego poético, sino con el sedimento de viejas creencias que no ha podido borrar la razón ó la ciencia. Por eso el hombre no sólo vulgar, sino los espíritus cultivados, se estremecen ante frases como estas: *esa enfermedad es un aviso del cielo para que te prepares: tus antepasados te maldicen desde sus tumbas: esa epidemia es la cólera del cielo*; y otras muchas informadas en la literatura religiosa, moral y poética, que es el único alimento espiritual de casi todo el género humano y que perpetuando el lenguaje de las primitivas creencias, perpetúan su imperio al través de las mayores revoluciones científicas.

75. Porque, como dice un profundo pensador, (Georges Parot) (1) en la especie como en los individuos

(1) La religión de la Mort.

nada se borra enteramente, nada se pierde; sucediéndose íntegras las diversas formas ó modos del sentimiento y del pensamiento, no son reemplazados. El último que llega se agrega por supersposición al que le precede, y como el planeta que nos arrastra, el alma de la humanidad está hecha de capas estratificadas. Las capas más profundas, que son las más antiguas, podrán muy bien ser cubiertas por otras muchas y permanecer invisibles en muchas partes: pero sin embargo, ellas existen en toda la masa de la tierra y las reacciones que producen se hacen sentir en la superficie del suelo; el ojo perspicaz no las pierde de vista, y por más que se oculten ó se escondan en las profundidades, las sigue en sus variadas inclinaciones por muy abajo que descendan. Las creencias fetiquistas, de las que estudiamos una manifestación particular, equivalen á lo que los geólogos llaman terrenos primitivos; y no hay espacio en el cual no se encuentren, ellas persisten, están allí, ocultas en las profundidades de nuestro sér moral, bajo la débil y ligera corteza de terrenos recientes, de creencias politeistas y monoteistas, de doctrinas metafísicas. Lo que ellas representan son las concepciones del hombre-niño, su manera de comprender y de explicar la naturaleza; y en el seno de la humanidad sucede que mientras los espíritus privilegiados, los espíritus iniciadores y los grupos colocados bajo su influencia inmediata marchan hácia adelante y pasan de la juventud á la edad adulta, el resto de los hombres, las multitudes, permanecen en la infancia. El espíritu científico no les penetra, no les impone sus métodos, ó más bién, sus doctrinas y conclusiones, sino con una prodigiosa lentitud. ¿Hay, pues, que admirarse de que durante todo el inmenso período de lo que se llama la antigüedad, las multitudes sin rehusar las ideas superiores que les eran

enseñadas y aún pareciendo aceptarlas y profesarlas con los labios, hayan permanecido constantemente fieles á prácticas y ritos que no se explican y no se justifican ante las revelaciones de la ciencia?"

76. ¿Y hay que admirarse del supernaturalismo primitivo absorbiendo al hombre en todas sus actividades, imponiéndose tiránicamente por fórmulas y supersticiones groseras en todas las esferas de su vida, en la moral como en el derecho, en la familia como en las ideas religiosas, en el trabajo pacífico, como en la guerra; hay que admirarse de esa primera y necesaria forma en que el hombre concibió la naturaleza y se explicó sus fenómenos, cuando hoy todavía esas explicaciones son el patrimonio de inmensas multitudes? ¿Hay que admirarse de que el espíritu humano, constituido en su origen, organizado, si podemos decirlo así, al comenzar su evolución con elementos, con materiales falsos, supersticiosos; amasado con las densas nubes del error, proyecte al través de los siglos las sombras de sus preocupaciones y detenga en los pliegues de esas tinieblas los rayos luminosos de la ciencia? Y no es sólo la filología, no es sólo la paleontología revelándonos los ritos funerarios groseros, los sepulcros donde se depositan los alimentos de los muertos, la fe en el agorero, el sangriento sacrificio; es también la antropología, son las leyendas conservadas por la tradición, son los fragmentos de leyes antiguas, son todos los monumentos, todas las reliquias de las primitivas edades las que nos revelan la primitiva barbarie, la rudeza moral, la impotencia intelectual, el grosero fetiquismo de toda la humanidad en sus comienzos. Ora nos encontramos con los derechos del acreedor para dividir vivo ó muerto el cuerpo de su deudor en fragmentos de carne (1); ora nos revelan las

[1] Véase en Jhering op. citada la explicación de esta facultad